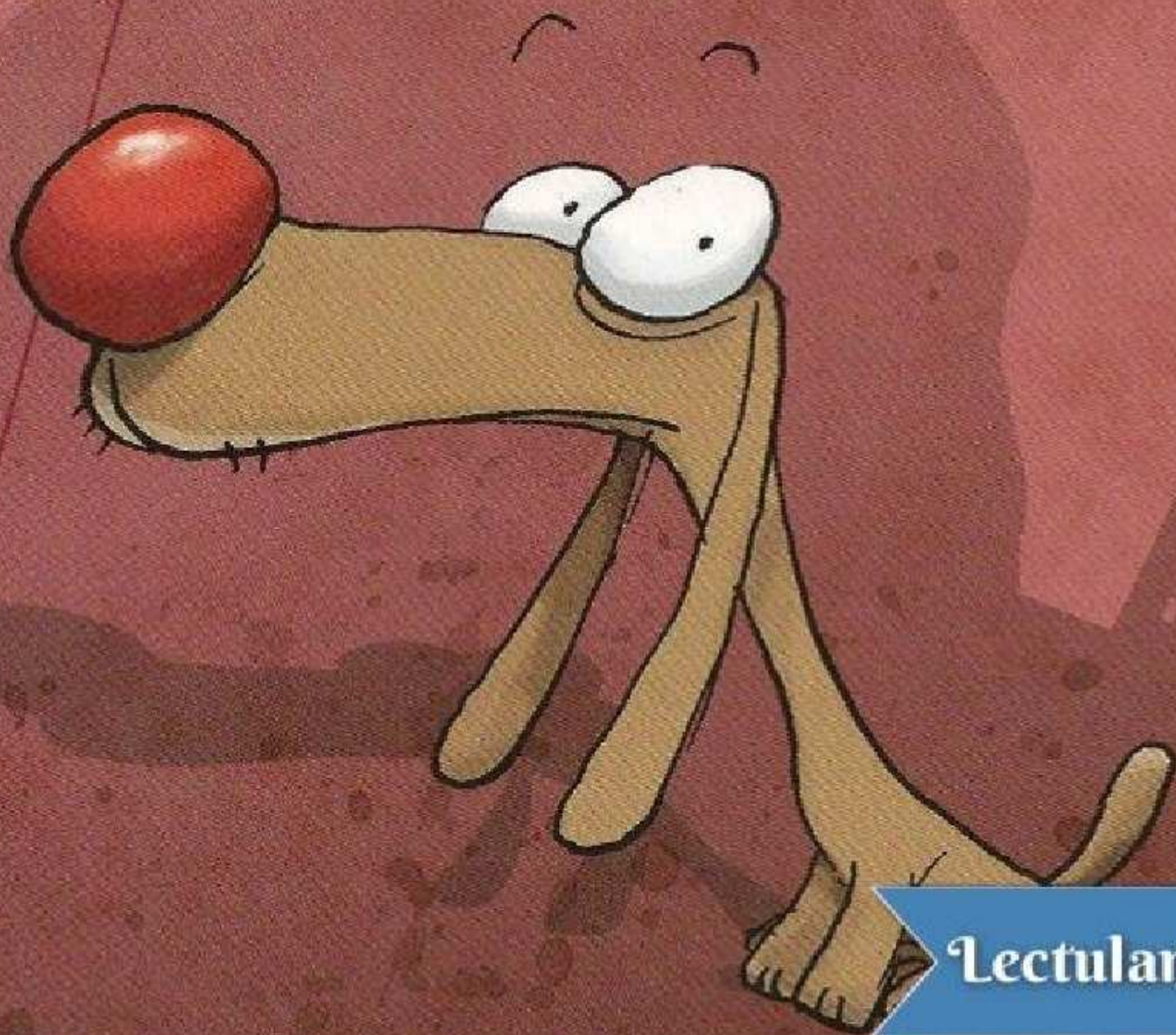


¡Cuidado con el perro!

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG



Lectulandia

Federico, el protagonista de esta historia, quiere tener un perro, pero no puede convencer a su familia. Un día, se encuentra en la calle un perro tan chiquito que le cabe en el bolsillo. Lo lleva a su casa y, a pesar de las alergias de su hermana y de las travesuras del animalito, logra que le permitan conservarlo. A partir de ese momento Federico y Diminuto se harán inseparables y juntos vivirán las más divertidas aventuras.

Un libro que presenta con humor y ternura la relación incomparable que sólo puede conseguir un chico con su mascota.

Federico, el protagonista de esta historia, quiere tener un perro, pero no puede convencer a su familia. Un día, se encuentra en la calle un perro tan chiquito que le cabe en el bolsillo. Lo lleva a su casa y, a pesar de las alergias de su hermana y de las travesuras del animalito, logra que le permitan conservarlo. A partir de ese momento Federico y Diminuto se harán inseparables y juntos vivirán las más divertidas aventuras.

Un libro que presenta con humor y ternura la relación incomparable que sólo puede conseguir un chico con su mascota.

Lectulandia

Liliana Cinetto

¡Cuidado con el perro!

Diminuto - 1

ePub r1.0

gatoyfelpudo 05.10.14

Título original: *¡Cuidado con el perro!*

Liliana Cinetto, 2001

Ilustraciones: O'Kif-MG

Diseño de cubierta: O'Kif-MG

Editor digital: gatoyfelpudo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

¡Cuidado con este libro!

Les voy a advertir muy seriamente. Yo no suelo escribir prólogos, por múltiples razones. La primera, por pura inhibición. Cuando un libro me gusta y el autor me pide que se lo prologue, suelo cohibirme de tal modo que acabo no complaciéndolo. Si el libro es tan bueno, para qué demonios me necesita a mí. Además, cómo escribir un prólogo sin hacer el resumen o anticipar la almendra del asunto en cuestión. En fin, cosas por ese estilo, que a lo mejor no son más que subterfugios de la envidia. El final es que quedo muy mal con ese amigo, o con esa amiga. Todavía si el libro es un fiasco... Pero tampoco. Cómo voy yo a comprometer mi prestigio planetario escribiendo cualquier cosa, por hacer un favor. Así que, por unas razones o por otras, yo nunca escribo prólogos.

Entonces, ¿por qué estoy escribiendo este? Pues por una razón puramente humanitaria. Porque lo considero un libro altamente peligroso y es mi obligación advertir de las fatales consecuencias que puede acarrear su lectura. Por eso y nada más. Ahora les explico.

De modo y manera que un mocoso de edad indefinida se muere de ganas por tener un perro. Contra los sabios y justificados criterios de sus papás, se empeña en tener un perro. Y no para hasta salirse con la suya. Encima el perro, no vean qué perro...

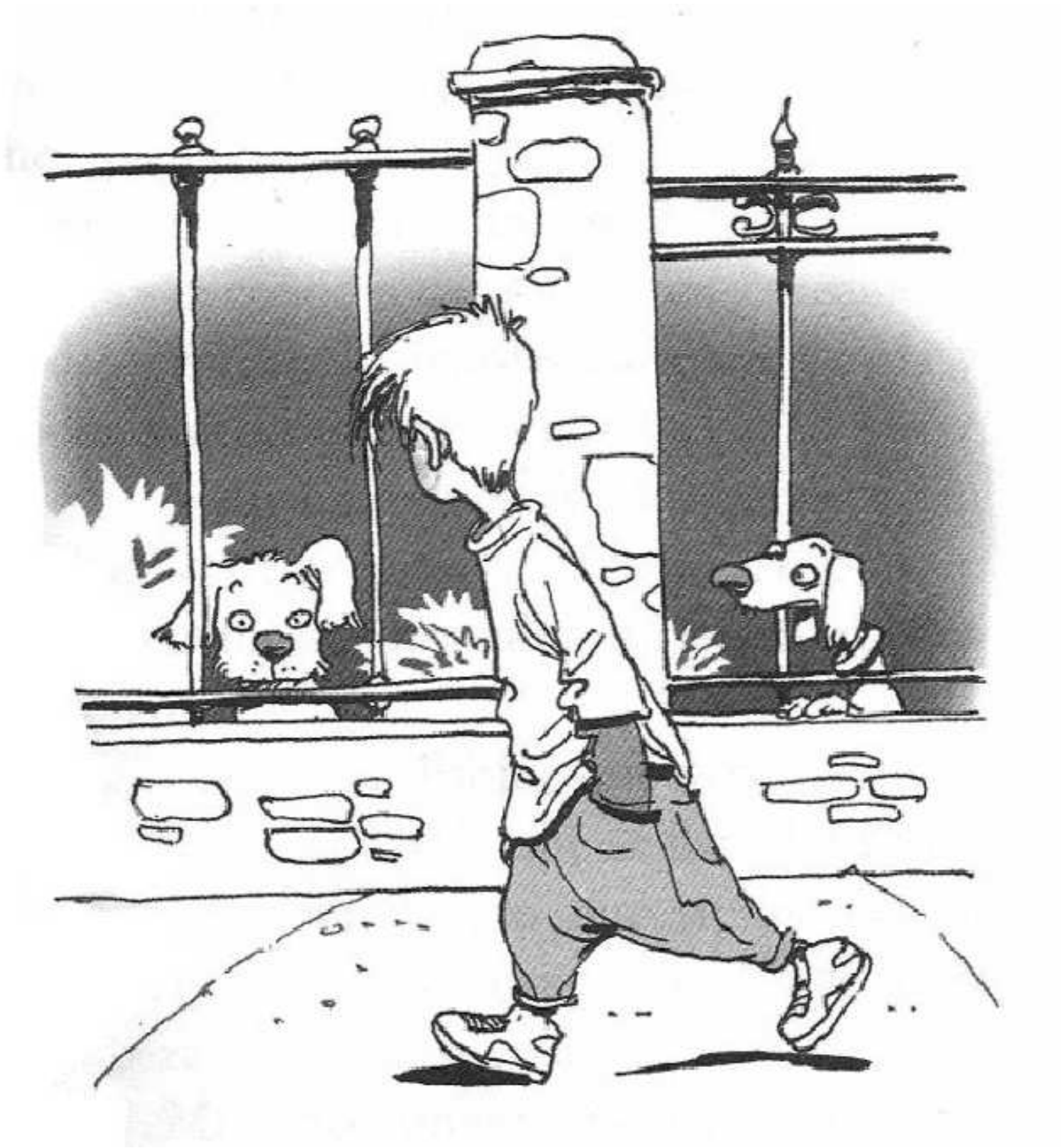
Y todo lo que viene detrás. Una auténtica catástrofe. ¡Con lo bien que estaba esa familia sin perro! Si el ejemplo cundiera, ¿se imaginan un mundo con tantos canes como niños caprichosos y padres débiles? No cabríamos ya en el planeta. Y con lo que ensucian los perros, lo que atan y lo que...

Bueno, espero que no se me haya notado demasiado que yo nunca tuve un perro. Y que no supe arreglármelas para conseguirlo, como sí el personaje de este cuento. Y que me ha gustado tanto —el libro y el perro—, que ya es como si tuviera en mi casa a este Diminuto, que así se llama el ejemplar, que hace todas esas deliciosas perrerías que dan sentido a esta palabra, pero además... Bueno, no les cuento, porque tampoco voy a hacerle esa faena a mi amiga Liliana Cinetto, por mucho que me haya gustado su historia y por mucha envidia que me dé. Así que sin más les transmito el descubrimiento de una nueva estrella de la perrería universal. Es este Diminuto entrañable, imprevisible, amoroso, simpático... Dicen que todos los perros acaban pareciéndose a sus amos. Este tiene suerte. Porque parecerse a Liliana Cinetto no es ninguna bagatela. Se lo digo yo, que de eso, de cinettismo, algo entiendo. Y les aseguro que una de las mejores cosas que me han pasado en la vida es escuchar sus cuentos, teniendo que hacer grandes esfuerzos para no partirme de risa o no quedarme irremediabilmente prendido de alguna emoción indescriptible.

(De todas maneras, si están decididos a nunca tener un perro, ¡no lean este libro!).

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR
Sevilla, 2000.

¡Cuidado con el perro!



Capítulo 1

En el que empiezo a contar esta historia exactamente por el principio

Me llamo Federico y siempre viví en este barrio antiguo de casas con jardines y calles empedradas, donde los chicos juegan a la pelota y andan en bicicleta, los vecinos se conocen desde siempre y se saludan todos los días, las señoras barren la vereda y todos duermen siesta los domingos...

A mí me encantaba mi barrio y era casi feliz viviendo en él. Digo casi, porque todos en mi barrio tenían un perro, menos nosotros.

Mi amigo Pablo, que vivía al lado, tenía un pastor inglés que se llamaba Pelos, porque era tan peludo que si uno no lo miraba con atención no se sabía dónde tenía la cabeza y dónde, la cola.

Mi otro amigo, Mateo, que vivía enfrente, tenía un bulldog con el hocico arrugado y cara de malhumorado, pero mimoso como un gato. Y mi amigo Pancho, que era un poco regordete y bastante glotón, tenía un perro salchicha, regordete y glotón como él. Además, estaban el ovejero alemán del señor Domínguez, que siempre tenía manchas de grasa porque su dueño era mecánico de autos; el dóberman de la familia Mariani, que era negro como una noche sin luna y, aunque parecía más bravo que un león hambriento, era manso y juguetón, y lo único que había mordido una vez había sido mi pelota de fútbol, que cayó, sin querer, cerca de su cucha. Y la caniche de la señorita Díaz, a la que su dueña, que era solterona pero no tenía el carácter avinagrado, ponía moños de colores en la cabeza. Y el collie de los Andretti, al que le gustaba que sus dueños le cepillaran el pelo con un peine con forma de tenedor. Y el pekinés de la abuela Sara, que se ponía todas las tardes en la ventana a espiar a los vecinos que pasaban por la vereda, mientras su dueña tejía. Hasta el carnicero tenía un perro, raza perro, que siempre estaba mordisqueando un hueso en la puerta del negocio.

Todos tenían perro, menos nosotros, y aunque yo había insistido ciento cincuenta y seis mil veces en mi casa (porque si hay algo que yo sé hacer bien es insistir), nunca me habían dado permiso para tener uno. Había pedido un perro como regalo para Navidad, para los Reyes Magos, para el día del Niño, para cada uno de mis nueve cumpleaños (en realidad tengo diez años, pero en el primero todavía no sabía pedir perros) y cada fin de año, cuando pasaba de grado y traía un boletín lleno de excelentes, te felicito, sigue así, adelante... Pero nada.

En mi casa el único que quería un perro era yo, y siempre me decían que no podíamos tener uno, con una lista larga de explicaciones. Papá me decía que los animales necesitan lugar y que la casa era chica, que el jardín era chico, que el patio era chico, que la terraza era chica... No eran muy variados los argumentos de mi

papá. Mamá era más creativa: que un perro te ata, que requiere de cuidados, que hay que ocuparse de la comida, de las vacunas, del baño, de los paseos, de las pulgas... Y mi hermana Carolina, que para tener quince años es una cascarrabias insoportable, decía que ni loca quería un perro porque los perros le daban alergia y la hacían estornudar (en realidad, a mi hermana todo le da alergia y la hace estornudar), y que, si a esa casa entraba un perro, ella se iba. Voy a ser honesto, yo acepté cambiar a mi hermana por un perro, pero mis padres no estuvieron de acuerdo.

De todas formas, yo seguí insistiendo, porque como ya les dije si hay algo que sé hacer bien es insistir, y apelé a todos los recursos. Primero intenté sobornar a mi hermana para que se aliara conmigo. Le propuse lavar los platos de la cena, hacerle la cama todos los días y limpiar la biblioteca, tareas domésticas que le corresponden a ella y que odia, a cambio de que aceptara tener un perro. Aunque era un trato muy interesante, mi hermana no supo apreciar el valor de mi oferta (porque es una cascarrabias), y me contestó que no, estornudando tres veces.

Después, probé convencer a mi mamá prometiendo que yo y sólo yo me encargaría del perro y que ella no tendría trabajo extra. Prometí llevarlo a pasear tres veces por día, prepararle la comida, bañarlo todas las semanas, encargarme de las vacunas y sacarle las pulgas. Le di mi palabra de honor para impresionarla. Pero mi mamá no se impresionó. Me dio un beso y me explicó que tener un perro es una responsabilidad, que yo no lo entendía porque no tenía edad suficiente, pero que después me iba a dar cuenta y me iba a arrepentir... No sé cuántas cosas más me dijo, porque mi mamá es muy creativa para dar explicaciones.

Por último fui con mi papá y le hablé de hombre a hombre. Le dije que si la casa era chica, el patio era chico, la terraza era chica y el jardín era chico, la solución era tener un perro chico. Mi papá solo me contestó que no y punto, porque, como ya les dije, él no es tan creativo como mi mamá para dar explicaciones.

Creo que, por un tiempo, me resigné a no tener perro y me conformé con jugar con los perros de mis amigos y de mis vecinos. Y me habría dado por vencido si no hubiera ocurrido lo que ocurrió.



Capítulo 2

En el que explico justamente lo que pasó

Un domingo a la mañana, mientras iba a comprar pan (que es una de las tareas domésticas que me corresponden a mí), me agaché para atarme el cordón de una zapatilla. Entonces escuché un ruidito. Miré para todos lados y, como no vi nada, decidí continuar mi camino. Pero volví a oír un ruido. Parecía un gemido. Presté mucha atención para averiguar de dónde salía y vi algo que se movía en una baldosa.

«Será una hormiga», pensé, pero las hormigas no hacen ruido, así que me puse de rodillas para ver mejor. Sí, había algo que se movía en la baldosa, era tan pequeño que no alcanzaba a distinguir qué era. Me agaché más y, cuando mi nariz tocó el suelo, lo descubrí. Tuve que fruncir los ojos para ver con claridad. Definitivamente, no era una hormiga, porque no tenía antenas. Tampoco un ciempiés, porque solo tenía cuatro pies, o mejor dicho cuatro patas. Mosca menos, porque no se le veían alas. De zoología mucho no sé, pero de algo estaba seguro: eso no era un insecto. Entonces, ¿qué?

La respuesta me la dio él mismo cuando, para mi sorpresa, se me trepó a la nariz e hizo un sonido inconfundible:

—*Guau*.

¡Era un perro! ¿Qué otra cosa podía ser? Los únicos que hacen *guau* son los perros. Si hubiera hecho ¡grrrr!, habría dudado, ya que los gruñidos no son exclusivos de los perros. Mi maestra, por ejemplo, gruñe, y mi hermana Carolina, también. Pero ningún otro ser hace *guau*, a menos que sea perro.

—*Guau* —repitió el perro desde mi nariz y, como me estaba poniendo bizco de tanto mirarlo, lo tomé con suavidad y lo puse en la palma de mi mano.

Entonces, lo miré con mucha atención: tenía hocico de perro, cola de perro, cara de perro y hacía *guau*. Era un perro. Un perro negro con algunas manchitas blancas. Era un perro de tres centímetros de largo y dos de alto. Un perro chiquito, pero perro al fin. Lo acaricié con la punta del dedo meñique y me movió la cola. El corazón empezó a latirme como si fuera a escaparse de mi pecho, y sentí como un calorcito adentro que no puedo explicar con palabras. No lo podía creer. Nunca había visto un perro de ese tamaño, ni siquiera en la *Enciclopedia Canina* de diez tomos que me había regalado mi madrina, y que yo había leído y releído treinta y dos veces.

El perro me lamió el dedo gordo y se puso patas para arriba para que le hiciera cosquillas en la panza. Era evidente que yo le había caído bien. ¿Qué iba a hacer con él? No podía dejarlo ahí porque lo podía pisar cualquiera, confundiéndolo con una hormiga, aunque era grande para ser hormiga. En ese momento, se me ocurrió una idea loca: llevarlo a casa. Podía tenerlo escondido, sin que nadie lo notara, después de todo era muy chiquito. ¿Y si me descubrían? Decidí arriesgarme y afrontar las

consecuencias. Al fin y al cabo, nunca había desobedecido a mis padres (salvo un par de veces que no se cuentan, porque fueron desobediencias insignificantes) y esta podía considerarse una desobediencia muy pequeña, debido al tamaño del perro.

Así que me lo puse en el bolsillo de la camisa, junto con unas miguitas de pan para que estuviera entretenido, y regresé a mi casa con cara de santo de estampita de comunión.

—A comer —dijo mi mamá, trayendo una fuente de ravioles con estofado.

Mamá sirvió la comida y, cuando yo me estaba por poner el primer raviol en la boca, mi hermana estornudó.

—¿Qué te pasa, nena? —le preguntó mi papá, que estaba sentado a mi lado.

—No sé —contestó Carolina estornudando otra vez—. Parece que me dio alergia.

—Pero los ravioles nunca te dieron alergia —se extrañó mi mamá, mientras cortaba la carne del estofado y ponía un trozo en cada plato.

—Ya..., ¡atchís!, lo..., ¡atchís!, sé..., ¡atchís! —estornudó, digo, contestó mi hermana.

Yo empecé a ponerme nervioso, porque mi bolsillo comenzó a moverse de un lado para otro, hasta que se escuchó un *guau* finito.

—¿Qué fue eso? —preguntó mi papá, que no será creativo para las explicaciones pero tiene muy buen oído.

—Yo... este... me atraganté con un raviol —mentí, y me puse a toser para disimular otros tres *guaus* menos finitos que salieron de mi bolsillo.

—Aquí..., ¡atchís!, hay..., ¡atchís!, gato encerrado..., ¡atchís! —dijo mi hermana, que además de cascarrabias es desconfiada.

Mi bolsillo estaba alocado, probablemente porque el olorcito del estofado de mi mamá es irresistible, y sin que pudiera hacer nada para impedirlo, el perro asomó su cabeza y de un salto cayó en el plato, salpicándonos a todos con la salsa, y se puso a comer como un desesperado.

—¿Qué es eso? —gritó mi mamá, asustada.

—Es un bicho —dijo mi papá.

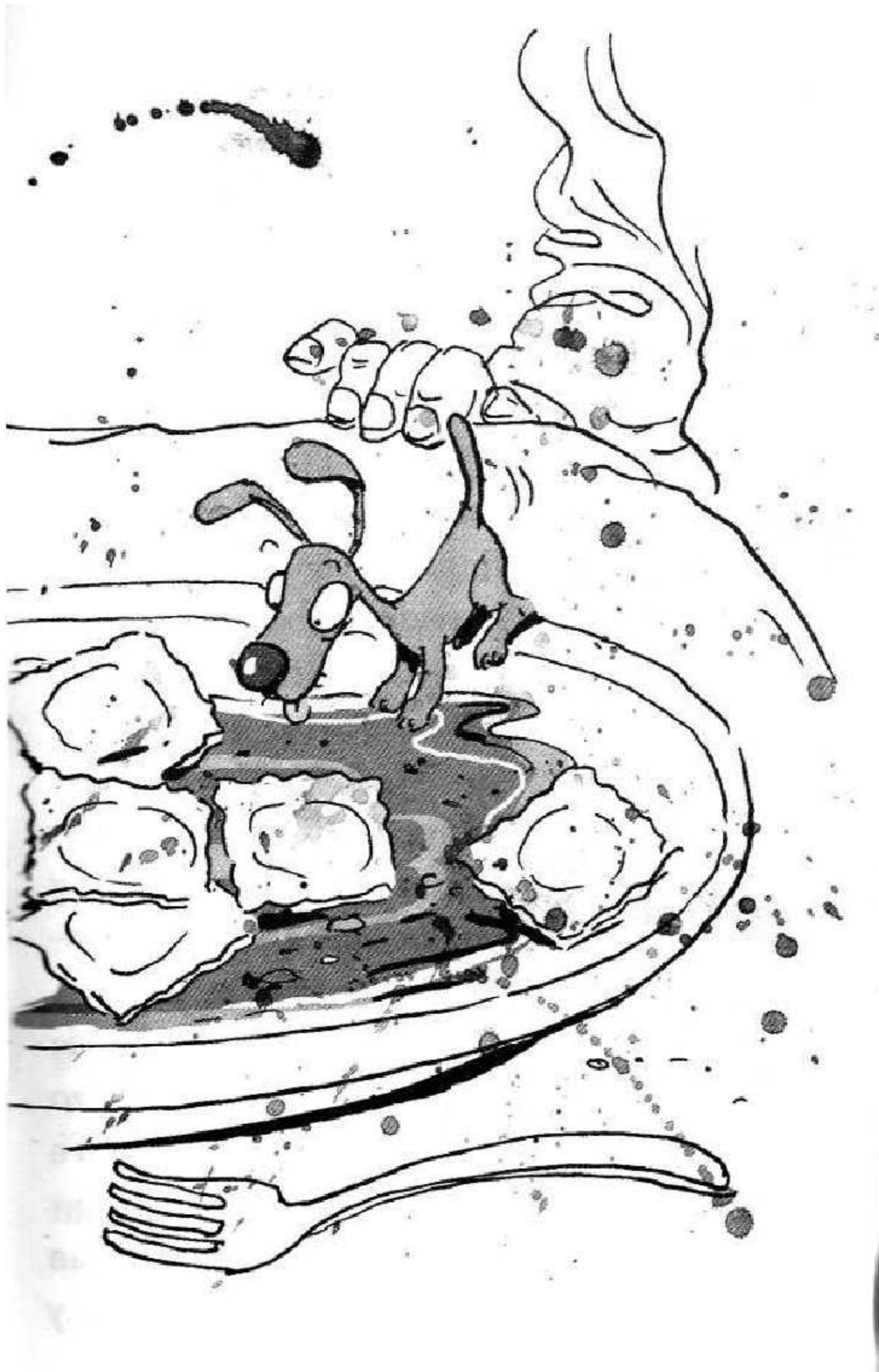
—Es... un... monstruo..., ¡atchís! —estornudó mi hermana, que además de cascarrabias y desconfiada, es un poco exagerada.

—No —confesé yo, más colorado que la salsa—. Es un... perro...

—¿Un perro?! —repitieron los tres, mirándome primero a mí y después a mi pequeño amigo, que seguía mordisqueando la carne del estofado sin enterarse de la crisis que había desatado su presencia.

—¿De dónde salió? —me preguntó mi mamá.

—De mi bolsillo —murmuré yo, sonriendo inocentemente para suavizar los ánimos.



—¿Y CÓ-MO LLE-GÓ A TU BOL-SI-LLO? —gritó mi papá, que cuando se enoja separa las palabras en sílabas.

Entonces les conté cómo lo había encontrado en la vereda cuando iba a comprar el pan y lo había confundido con una hormiga, pero después hizo *guau* y, claro, las hormigas *guau* no hacen, así que miré bien y me di cuenta de que era perro, y si lo dejaba ahí, pobre, tan chiquito, alguien que fuera corto de vista o distraído lo iba a pisar y me dio lástima, y se me ocurrió traerlo porque a mí me gustan tanto los perros, y lo escondí en el bolsillo, y...

Cuando terminé de contar mi historia, un poco desordenada porque estaba muy nervioso y además mi hermana me interrumpía a cada rato con sus estornudos, el perro, que se había comido toda la carne, salió de la fuente y, moviendo la cola se me acercó, hizo un *guau* corto, dio cuatro vueltas y se echó a dormir sobre la servilleta.

—Nunca había visto un perro tan chiquito —dijo mi mamá sonriendo, y mirando la fuente vacía agregó—: se ve que tenía hambre.

—Parece mansito —comentó mi papá, acercándose para verlo mejor y rascándole atrás de las orejas, que es una forma de mimo muy apreciada por los perros.

—Yo..., ¡*atchís!* y sabía..., que..., ¡*atchís!*, había..., ¡*atchís!*, gato encerrado..., ¡*atchís!* —dijo la amarga de mi hermana.

—Perro encerrado, querrás decir —se rio mi mamá, que es creativa no solo para dar explicaciones, sino también para hacer chistes.

Mi papá le festejó la ocurrencia a mi mamá, y al ver que se reían con tantas ganas comprendí que tenía frente a mí la mejor oportunidad de mi vida. «Ahora o nunca», pensé y, tomando coraje, les pregunté:

—¿Me lo puedo quedar?

Mis padres dejaron de reírse y se miraron, sin contestar nada.

—Es tan chiquito —insistí yo que, como ya dije varias veces, soy especialista en insistir—. No va a dar mucho trabajo. Yo me voy a ocupar de todo: de bañarlo, de sacarlo a pasear, de darle de comer...

—Mmmm, no sé —dijo mi mamá.

—Mmmm, no sé —dijo mi papá.

—¡*Atchís!* —dijo mi hermana.

—Por favor —supliqué—. Es lo que más quiero en la vida. Aunque sea que se quede un tiempo, para probar...

—Está bien —dijo mi mamá—. Pero al menor problema...

—¡Bravo! ¡Viva! —la interrumpí, saltando de alegría y corriendo a abrazarla—. Gracias, mami. Gracias, papá.

—Bueno, Fede —agregó mi papá—. Pero ya oíste a tu madre. Si hay algún problema...

—No va a haber ningún problema, papito —le aseguré yo, que no podía dejar de

bailar.

Mi hermana quería protestar, pero como estornudaba y estornudaba no pudo decir ni una palabra y se fue ofendida a su habitación.

Con tanto escándalo, el perro se despertó y empezó a ladrar con muchos *guau*. Yo lo puse en la palma de mi mano y me lo acerqué a la cara.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó mi mamá, acariciándolo.

—Todavía no sé —respondí—. Yo tenía preparada una lista larga de nombres de perro por si algún día me daban permiso para tener uno, pero ahora no estoy muy seguro...

—¿Qué te parece Pequeñín? —propuso mi mamá.

—O Colita —agregó papá.

—No —contesté—. Quiero un nombre importante para mi perro. Maximiliano, por ejemplo. O Aristóteles.

—Son muy largos —opinó mi mamá.

—Asesino —se me ocurrió.

—Es muy agresivo —dijo papá—. Mejor Sansón.

—Es nombre de perro grande —le contestó mi mamá—. Tiene que ser nombre para perro chico.

—Negrito, Manchita, Moñito... —pensaba mi papá en voz alta.

—Pirata, Pulgarcito, Mordisco... —pensaba mi mamá en voz alta.

—Mmmm —dudaba yo—. No me convence ninguno.

—Es que es difícil ponerle un nombre a un perro tan..., tan... —seguro que mi mamá quería decir chiquito, pero como es muy creativa dijo—: diminuto...

—Diminuto —repetí yo—. Diminuto es un nombre importante. Se va a llamar Diminuto.

—Es un nombre raro —opinó mi papá.

—Es que es un perro raro —agregó mi mamá.

—Es un nombre perfecto para él —dije completamente convencido y, dirigiéndome a mi perro, le pregunté—: ¿Te gusta el nombre, Diminuto?

Él hizo dos *guau* medio finitos y yo, que entiendo mucho de perros, me di cuenta de que le gustaba su nombre.

—Bueno, a comer los ravioles —ordenó mi mamá—. Pero ya sabés, Federico, al menor problema...

—No va a haber ningún problema, mamá —le aseguré—. ¿No es cierto, Diminuto?

Diminuto me contestó con varios *guau* y yo me comí los ravioles más fríos y más sabrosos de toda mi vida.



Capítulo 3

En el que cuento como empezaron los problemas con la cascarrabias de Carolina

Mi hermana se ofendió tanto, pero tanto con el asunto del perro, que se la pasó estornudando y protestando varios días, y aunque Diminuto le movía la cola y le hacía fiestas cuando la veía, mi hermana le contestaba de mal modo.

—Salí de acá, perro... Fuera, bicho inmundo... No quiero verte, pulguinto... No te me acerques, engendro...

Y pasó lo que tenía que pasar. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero tiene orgullo. Y le tomó idea a Carolina. Entonces, una noche, se metió en su habitación y le mordisqueó todas las medias de nailon. Carolina se quejó con mi mamá, pero no había pruebas concretas contra el perro, así que no pudieron culparlo.

A los pocos días, mi hermana se compró una blusa con puntillas y flores bordadas, porque tenía un baile y quería impresionar a Facundo, el chico que le gustaba. Después de plancharla con dos litros de apresto, para que las puntillas le quedaran duras, la dejó estirada sobre su cama y fue a bañarse.

Quizá yo hubiera podido impedir la tragedia, si en ese momento no hubiera estado ocupado resolviendo las diez cuentas de dividir que me había dado la maestra. Pero la cuestión es que, cuando estaba tratando de pensar cuánto era 10574 dividido 93, un grito digno de la mejor película de terror me distrajo de mis pensamientos matemáticos. Corrí a la habitación de mi hermana, que, envuelta en una toalla y con el cabello mojado, lloraba y estornudaba con su blusa empapada en las manos.

—¿Qué te pasó, nena? —le preguntó mamá.

—Ese..., *snif*..., perro..., *¡atchís!*..., salvaje..., *¡snif!*, me..., *¡atchís!*, arruinó..., mi..., *¡snif!*, blusa..., *¡buah!*—decía Carolina en medio de un charco formado por el agua que chorreaba ella, más las lágrimas, más el líquido amarillento y maloliente que caía de la blusa y que parecía...

—¡Pis! —gritó Carolina—. Ese perro hizo pis en mi blusa nueva.

—Un perro tan chiquito no puede hacer tanto pis como para empaparla de esa manera —intenté defenderlo, pero mi mamá me miró con esa cara que ponen las mamás cuando se enojan.

—Después voy a hablar con vos, Federico —me dijo—. Ahora andá a tu habitación que voy a ayudar a tu hermana.

Me fui bastante preocupado. Diminuto se hacía el dormido en su cucha, hecha con una caja de fósforos, que estaba al lado de mi cama. Cuando entré, abrió un ojo y me espió.

—Vení, Diminuto —lo llamé. De un salto se trepó a mi mano y lo acerqué bien a

mi cara, para me escuchara atentamente—. Tenemos que hablar de hombre a hombre o, mejor dicho, de hombre a perro.

Diminuto bajó las orejas y metió la cola entre las patas.

—Yo sé que Carolina es una odiosa —le expliqué—. Las hermanas son un poco molestas, pero hay que tenerles paciencia. A ella no la van a echar. Si seguís haciendo lío, te van a echar a vos. ¿Entendiste?

Diminuto se hizo un bollito y me lamió el dedo. Era evidente que estaba arrepentido.

—Prometeme que no vas a volver a molestarla —le dije.

Diminuto me contestó con un *guau* cortito.

—No —insistí, poniéndome serio—. Tenés que darme tu palabra de perro.

Diminuto, entonces, me ladró un *guau* largo y yo lo acaricié y le rasqué atrás de las orejas como a él le gusta.

Como mi mamá le lavó y le planchó la blusa a Carolina, le quedó perfecta y pudo ir a la fiesta hecha una muñeca. Y por suerte esa misma noche se puso de novia con Facundo, y con la emoción y esas cosas del noviazgo se olvidó de la travesura de Diminuto. Y, por suerte, pude convencer a mi mamá para que le diera una nueva oportunidad. Diminuto cumplió su palabra de perro y no volvió a molestar a mi hermana. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero tiene honor. Así que la vida en mi casa volvió a la normalidad. Al menos por un tiempo.



Capítulo 4

En el que cuento otro de los líos que armó Diminuto

Tal como había prometido, yo me encargaba de cuidar a Diminuto para que no causara ninguna molestia en la casa: lo sacaba tres veces por día a pasear con una correa de piolín; lo bañaba todas las semanas en una taza de porcelana que me había dado mi mamá porque estaba cascada; le preparaba la comida; lo llevaba al veterinario y lo revisaba para ver si tenía pulgas (en realidad no tenía, ya que no había mucho lugar para las pulgas en un perro tan chiquito).

Diminuto era muy cariñoso e inteligente. Había aprendido a dar la «mano» y a pararse en dos patas, y se divertía jugando con un escarbadiantes (es que todos los palos eran demasiado grandes para él).

Yo se lo tiraba lejos y él lo traía corriendo y moviendo la cola. Se había hecho amigo de todos los perros del barrio, porque los perros no se fijan en cómo es el otro para hacerse amigo, así que a ninguno le importó que fuera chiquito y, cuando íbamos a la plaza con Pablo, Mateo y Pancho, nuestros perros jugaban todos juntos corriendo de un lado para otro hasta quedar con la lengua afuera.

Mis vecinos también querían a Diminuto. Aunque al principio lo habían mirado con cara rara, después se acostumbraron y lo acariciaban cuando él los saludaba con un *guau* más o menos finito. Y mi familia también estaba contenta con Diminuto, que, desde nuestra conversación de hombre a hombre, o de hombre a perro, se portaba como un perro educado. Incluso Carolina le había tomado un poco de simpatía, aunque yo no confiaba mucho en ella. Yo sospechaba que lo hacía para quedar bien con Facundo, su novio, porque a él también le gustaban los perros y, además, Carolina no quería andar pareciendo una cascarrabias delante de él. Hasta había dejado de estornudar por todo. Así que yo era el chico más feliz del barrio y creía que nunca más iba a haber un problema con Diminuto.

Sin embargo me equivoqué, porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero es travieso y tiene un defecto: no le gusta quedarse solo en la casa. Como decía en un artículo sobre psicología de perros que había leído en el tomo seis de la *Enciclopedia Canina*, se aburría. Yo lo llevaba conmigo a todos lados, pero, por supuesto, había lugares adonde no podía ir. Uno de ellos era la escuela.

Todas las mañanas teníamos la misma discusión: Diminuto me mordisqueaba los cordones de las zapatillas para que no me fuera, y yo le explicaba y le explicaba (porque en el artículo de psicología decía que a los perros había que explicarles las cosas) que los perros no pueden ir a la escuela. Pero Diminuto se quedaba llorando y rascando la ventana.

Una mañana, después de una nueva discusión en la que el perro insistía en mordisquearme los cordones (porque Diminuto es como yo, especialista en insistir),

lo reté:

—Basta, Diminuto, ya te dije que no —y fui al baño a peinarme. Cuando volví, Diminuto no estaba por ningún lado. Lo busqué debajo de la cama, adentro del ropero, entre la ropa tirada... Nada. Había desaparecido. Como se me hacía tarde, me puse el guardapolvo y salí corriendo.

Ese día la maestra tomaba prueba de Matemática, y mientras yo estaba tratando de resolver una cuenta de multiplicación con decimales, escuché un *guau* finito que salía exactamente... de mi bolsillo derecho. Metí la mano con disimulo y sentí un lengüetazo inconfundible.

—¿Qué tiene en el bolsillo, alumno? —me dijo la maestra, que se había parado detrás de mí sin que yo me diera cuenta.

—Na... da... —tartamudeé, poniéndome más pálido que la hoja de la prueba.



—¿No se estará copiando? —preguntó la maestra, señalándome con el dedo índice.

—No..., no... —contesté temblando.

—Entonces, muéstreme lo que tiene en el bolsillo —ordenó ella, implacable.

—Es que..., este..., yo... —balbuceaba—. No puedo...

—Si no me lo muestra por las buenas, me lo va a mostrar por las malas —gruñó la maestra, metiendo su mano en mi bolsillo sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo. Y ocurrió lo que se imaginan. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, y no sabrá de psicología, pero tiene carácter y no le gusta que me traten mal. Así que, a los pocos segundos de haber metido la mano en el bolsillo, mi maestra dio un grito de esos que ponen los pelos de punta, y sacó la mano con Diminuto todavía prendido de su dedo índice.

No fue una mordedura tan grande ni tan seria como para hacer el escándalo que hizo la maestra en la Dirección, pero la mala nota me la pusieron igual y, cuando se la di a mi papá para que la firmara, e intenté explicarle lo del artículo de psicología, me contestó separando en sílabas las palabras:

—QUE SE-A LA ÚL-TI-MA VEZ QUE HAY UN PRO-BLE-MA POR ES-TE PE-RRO.



Capítulo 5

En el que cuento el lío tremendo que armó Diminuto

No fue la última vez que hubo un problema porque, como les dije, a Diminuto no le gusta quedarse solo. Y, además de la escuela, había otros lugares adonde no lo podía llevar. Como la casa de mi tía Dolores, que odia a los perros y es más cascarrabias que mi hermana Carolina. Así que, el día del cumpleaños de mi tía, yo volví a explicarle a Diminuto que se tenía que quedar solo y, aunque él insistió mordisqueando el cordón de mi zapatilla, nos fuimos todos a la casa de mi tía sin él.

Para que no se metiera en mi bolsillo, mi papá me ordenó que lo dejara atado. Me daba mucha lástima, pero igual le puse su correa de piolín y la amarré a la pata de la silla.

En realidad, Diminuto no se perdió nada importante quedándose en casa porque, si hay algo en la vida más aburrido que ir a la casa de mi tía Dolores, es ir a la casa de mi tía Dolores el día que cumple años. Siempre empieza a hablar de los años que pasan (y nene dame un beso, no seas maleducado) y de lo linda que era ella cuando era joven (y nene no toques eso que se rompe) y de los cientos de pretendientes que tenía, y que seguro se escaparon corriendo porque ella era una cascarrabias. Y saca las mismas fotos viejas que nos muestra todos los años y uno las tiene que mirar y poner cara de sorprendido. Además, siempre hace torta de hojaldre, pero te mira de reojo mientras la comés y guay de que se caiga una miguita al suelo, porque frunce la boca y dice que los chicos de ahora no tienen los modales de los de antes, de cuando ella era joven y era tan linda y tenía cientos de pretendientes y bla, bla, bla..., empieza de nuevo toda la historieta que ya conocemos de memoria, pero que hay que escuchar sentado en esos sillones durísimos y un poco apolillados, sin moverse y sin interrumpir porque cuando hablan los mayores...

Es un alivio regresar a casa, y saber que por lo menos durante un año, la tía Dolores no va a volver a cumplir años. Pero esta vez no fue un alivio regresar a casa, o a lo que quedaba de ella. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero tiene fuerza y no le gusta quedarse solo. Así que había arrastrado la silla por todos lados y había tirado la lámpara nueva de mamá, tres macetas con malvones, la tabla de planchar con toda la ropa planchada encima, la mesa ratona con los adornos de cerámica, el grabador de mi hermana, el portafolios de papá, que había quedado abierto con todos los papeles del trabajo, y unas cuantas cosas más.

Mamá se puso primero blanca, después roja y después verde (porque ella es creativa hasta para enojarse). Papá empezó a gritar separando las palabras en sílabas y a mi hermana le reapareció la alergia y volvió a estornudar, mientras Diminuto nos movía la cola, feliz entre pedazos de cerámica y de macetas, malvones y ropa arrugada, papeles de trabajo y restos de muebles.

Ni siquiera intenté hablar del artículo de psicología de perros, porque no me podía convencer ni a mí mismo. Diminuto tenía los días contados.

Yo me fui a mi habitación, me tiré en la cama boca abajo y, aunque dicen que los hombres no lloran, lloré por mí y por Diminuto y por el artículo de psicología y por la casa patas para arriba y por los colores de la cara de mi mamá y por las palabras separadas en sílabas de mi papá y por los estornudos de mi hermana. Lloré hasta que la almohada quedó empapada y escuché un *guau* muy finito. Diminuto estaba a mi lado, con la cola entre las patas y las orejas bajas. Tenía en la boca un cartel que yo había pintado para poner en la reja de entrada, como tenían todos mis vecinos, que decía «¡cuidado con el perro!». Tomé el cartel y lo miré con una tristeza de esas que duelen en el pecho y lo puse a un costado. Levanté a Diminuto, que me lamió las lágrimas, y esperé la sentencia abrazando a mi perro, al único perro que había tenido en toda mi vida, mi perro chiquito, pero mío.



Capítulo 6

En el que las cosas que cuento al principio son tristes y después no tanto

El tribunal formado por mi familia lo declaró culpable y dictaminó que Diminuto se tenía que ir. No apelé porque ya no me quedaban argumentos para defenderlo, ni siquiera el artículo de psicología. El siguiente fin de semana lo llevaríamos a la quinta de unos primos en Escobar que tenía un gran parque.

Esa fue la peor semana de mi vida. Por más que Diminuto me traía el escarbadientes para jugar, me daba la «mano» o se paraba en dos patas, nada me devolvía la alegría. Y Diminuto se daba cuenta, porque se acurrucaba en mi mano y hacía unos *guau* más finitos que de costumbre.

Creo que mi familia también estaba un poco triste. Intentaban consolarme de distintas maneras: papá me decía que era mejor así, que en la quinta Diminuto iba a estar mejor, que el lugar adonde lo íbamos a llevar era mejor... Mamá era más creativa: me decía que todos nos habíamos encariñado con Diminuto y lo íbamos a extrañar, pero un perro necesita espacio para descargar energías y mis primos lo iban a tratar bien y yo podría ir a verlo de vez en cuando... Hasta Carolina intentó consolarme y se ofreció a grabar los ladridos de Diminuto, para que me quedaran de recuerdo, con el grabador nuevo con micrófono y parlantes que Facundo le había regalado. Pero yo no tenía consuelo.

El viernes a la noche, los padres de Facundo nos invitaron a cenar. Esta vez Diminuto, que había estado muy raro toda la tarde, gruñendo por la ventana y haciendo *guaus* extraños, no me tironeó los cordones para que no lo dejara solo. Yo pensé que, a lo mejor, presentía que al día siguiente se iría para siempre de casa y por eso se portaba así. O que por fin había entendido, aunque demasiado tarde, que no podía ir a todos lados conmigo. Me apené todavía más y me fui con mi familia, después de atarlo con su correa de piolín a la pata de la silla.

Durante la cena no comí casi nada. La tristeza se me había anudado en el estómago y sólo pensaba en mi perro.

Cuando regresamos a casa, nos dimos cuenta de que algo raro había sucedido. La reja estaba abierta y había una ventana rota. Adentro se escuchaban ruidos, gritos y varios *guaus*, pero no *guaus* finitos. *Guaus* gruesos y rabiosos, mezclados con ¡grrrs! y ¡ahuuús!

—No me digan que Diminuto hizo otra de las suyas —refunfuñó mi papá, poniendo la llave en la cerradura.

Pero, al entrar y encender las luces, los cuatro nos quedamos paralizados. La casa, o lo que quedaba de ella, era otra vez un desastre: muebles caídos, macetas tiradas, adornos de cerámica rotos, papeles por el suelo... Sólo que, en un rincón, había un

hombre acurrucado. Tenía puesta una máscara y se cubría la cabeza con las manos, mientras lloraba y gritaba:

—Por favor, sáquenme a esta bestia de encima, me va a destrozar, prefiero ir preso, por favor, está rabioso, que no me muerda...

Parado sobre una de las teclas del grabador de mi hermana, estaba Diminuto ladrándole al micrófono sus ladridos, sus gruñidos y sus aullidos finitos, aunque muy enojados. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero es valiente y había defendido la casa como el más feroz de los mastines.

La policía nos explicó que hacía varios días que le andaban siguiendo el rastro a ese ladrón y que seguramente había estado merodeando la casa toda la tarde, lo que explicaba la conducta de Diminuto, porque los perros, aunque sean chiquitos, son muy perceptivos. Se llevaron detenido al ladrón y, después de tomarnos declaraciones y verificar que no nos había robado nada, se fueron. Yo estaba tan orgulloso de Diminuto, que por un momento me olvidé de que al otro día se iba a ir.

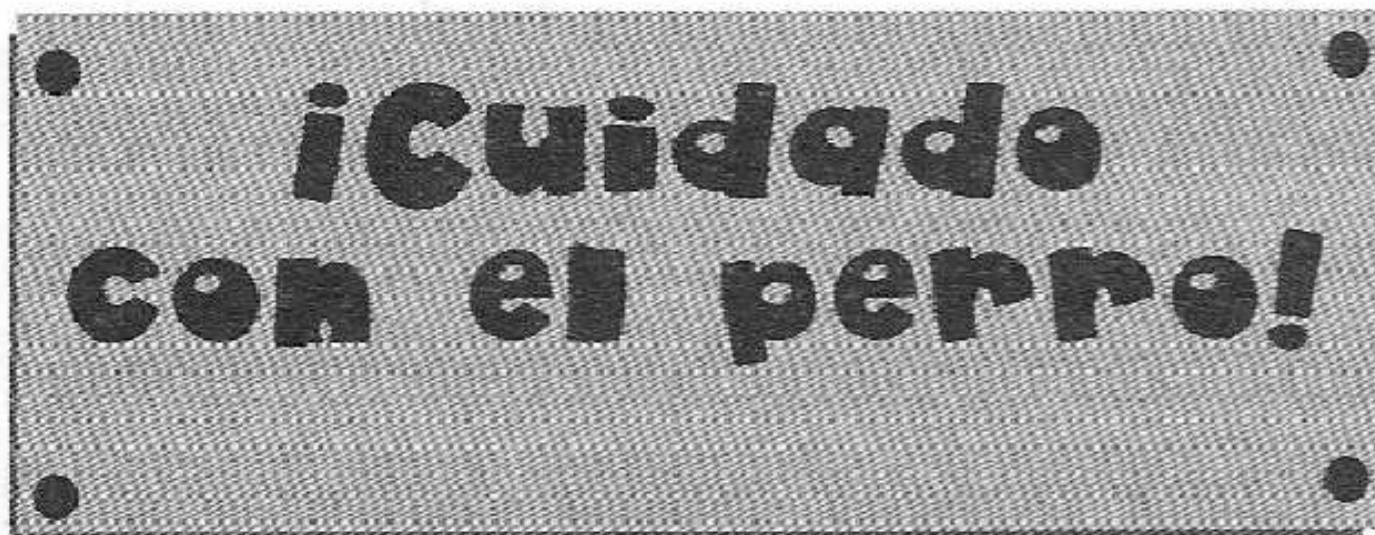
Capítulo 7

En el que cuento el final de la historia

Tal como había prometido, yo me encargaba de cuidar a Diminuto para que no causara ninguna molestia en la casa: lo sacaba tres veces por día a pasear con una correa de piolín; lo bañaba todas las semanas en una taza de porcelana que me había dado mi mamá porque estaba cascada; le preparaba la comida; lo llevaba al veterinario y lo revisaba para ver si tenía pulgas (en realidad no tenía, ya que no había mucho lugar para las pulgas en un perro tan chiquito).

Pero Diminuto no se fue. Mi papá dijo que el perro se había ganado su lugar en la casa. Mi mamá, que es más creativa, dijo que le perdonaba todas las travesuras, que era un perro muy bueno, que después de todo no daba tanto trabajo y que era una tranquilidad tener un perro tan guardián. Hasta mi hermana lo perdonó y le dio un beso sin estornudo en la punta del hocico, que Diminuto le agradeció moviendo la cola.

Al día siguiente, después de ordenar la casa, en un acto solemne, mi familia y yo pusimos en la reja el cartel que yo había pintado y que decía con letras muy grandes:



Todos aplaudimos y Diminuto hizo un *guau* finito, pero muy largo, porque estaba muy contento de quedarse con nosotros para toda la vida.

Así que, si alguna vez quieren venir a mi casa, la de mi barrio con jardines, terrazas y patios floridos, con calles empedradas, con chicos jugando a la pelota o andando en bicicleta, con vecinos que se conocen desde siempre y se saludan todos los días, con señoras que barren la vereda y con siestas de domingo..., tengan cuidado, pero muchísimo cuidado con mi perro.



Diminuto y el casting de mascotas



Capítulo 1

En el que cuento cómo empezó todo lo del casting

A mí me gustan mucho los domingos. Y a Diminuto también. Porque no tengo que ir a la escuela y podemos estar juntos todo el día. Además, los domingos vamos a la plaza y, mientras yo juego a la pelota con mis amigos, Diminuto juega con los perros de mis amigos.

Pero a veces llueve los domingos. Y entonces a Diminuto y a mí nos dan ataques de aburrimiento, ya que no nos dejan salir. Mi mamá dice que me puedo mojar, que tomo frío, que me enfermo, que me hace mal... Porque mi mamá, como ya les conté, es muy creativa para dar explicaciones. Mi papá dice que no puedo salir, que no voy a salir, que ni sueñe con salir y punto. Mi papá no es tan creativo como mi mamá. Y mi hermana Carolina dice que a ella la lluvia le da alergia y estornuda. Porque a ella todo le da alergia. Así que, cuando llueve un domingo, Diminuto y yo nos aburrimos.

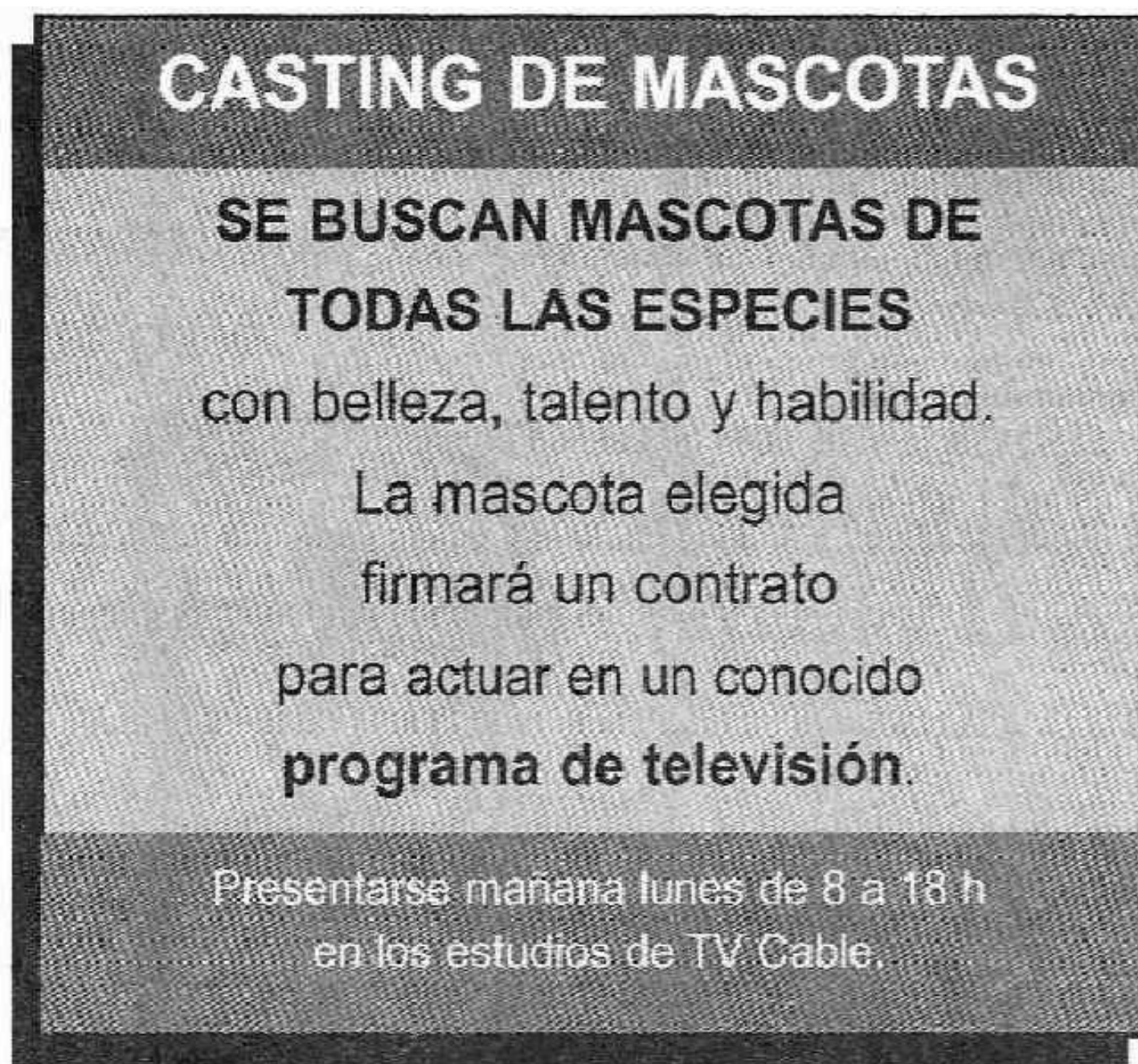
Y, seguramente porque estábamos aburridísimos, un domingo de lluvia pasó lo que pasó.

Mi papá y mi mamá se habían ido a dormir la siesta y Carolina hablaba por teléfono con su novio Facundo. Diminuto y yo ya habíamos hecho todo lo que se puede hacer un domingo de lluvia: leer un libro, jugar con la computadora, mirar televisión y molestar a mi hermana Carolina. Yo le había leído tres cuentos a Diminuto (porque a él le gustan mucho los cuentos). Los juegos de la computadora y los programas de televisión a Diminuto no le interesan, y mi hermana Carolina ya nos había gritado y estornudado varias veces.

—¿Qué podemos hacer, Diminuto? —le pregunté, mientras hojeaba el diario de puro aburrido.



Diminuto me ladró un *guau* tembloroso, de puro aburrido que estaba también, y entonces vi el anuncio en la página 37 del diario.



—¿Oíste, Diminuto? —le pregunté entusiasmado—. Un casting para mascotas. Y la elegida va a actuar en la tele. ¿Qué te parece?

Diminuto no me hizo un *guau* largo, que es lo que hace cuando está contento. Me hizo un grrr desconfiado, porque a él la televisión no le interesa, pero yo no le hice caso: la idea de que mi perro trabajara en televisión me encantaba.

—Podrías ser famoso como Lassie o como Rin Tin Tin —le dije para convencerlo.

Pero Diminuto seguía haciendo su grrr desconfiado porque, como no mira el canal de las series, no conoce ni a Lassie ni a Rin Tin Tin.

—Podrías ser como los perros de las películas de Hollywood: *Socios y sabuesos*, *K-Nino* o *Beethoven* —le insistía yo, que soy especialista en insistir.

Pero Diminuto tampoco mira películas. No sabía de qué perros le hablaba y no tenía ni idea de lo que era Hollywood.

—Podrías ser como Pluto —agregué porque, de todas maneras, Diminuto no sabe la diferencia entre un perro de verdad y uno de dibujos animados. Tampoco lo

convencí.

Entonces, me acordé del artículo de psicología que había leído en el tomo seis de la *Enciclopedia Canina*, donde decía que a los perros hay que explicarles las cosas. Así que busqué el libro de Ciencias Sociales del colegio y le leí un párrafo.

—«La televisión es uno de los medios masivos de comunicación más poderosos porque llega a miles de hogares. Las estadísticas dicen que el 89,2% de la población recibe la influencia directa e indirecta de los programas que se transmiten».

Pero Diminuto no entiende nada de psicología ni de medios de comunicación ni de libros de Ciencias Sociales. En realidad, yo tampoco entiendo nada de eso. Así que no lo convencí.

—Por favor, Diminuto, hacelo por mí —le pedí, casi a punto de darme por vencido.

Entonces, Diminuto levantó una oreja e hizo un *guau* más o menos finito que quería decir que aceptaba. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero tiene buen corazón. Y, como me quiere mucho, se dio cuenta de que para mí era muy importante el casting.

—Gracias, Diminuto —le dije, mientras le rascaba la cabeza con un dedo—. Vas a ser una estrella de la televisión.

Estaba tan contento que me olvidé del domingo, de la lluvia y del aburrimiento. Soñaba que Diminuto firmaba autógrafos, viajaba en limusina, salía en las revistas... Porque yo no tenía dudas, Diminuto iba a ganar el casting. ¿Qué problema podíamos tener?



Capítulo 2

En el que cuento el primer problema que tuve y cómo Carolina me ayudó sin querer

Claro, el primer problema fue mi familia. Cuando les mostré el aviso y les conté que Diminuto y yo queríamos participar en el casting, mi mamá se puso de todos colores, mi hermana empezó a estornudar y mi papá gritaba separando las palabras en sílabas.

—¡QUÉ CAS-TING NI QUE O-CHO CUAR-TOS!

Tenía que convencerlos. Diminuto se había ido a su cucha de caja de fósforos. No pensaba ayudarme. Así que tenía que hacerlo solo y apelé a todos los recursos. Primero les hablé de Rin-Tin-Tin y de Lassie (porque ellos sí miran el canal de las series) y, por supuesto, mencioné los perros de las películas de Hollywood. Pero esos ejemplos no impresionaron a mis padres, que seguían diciendo que no. Entonces, les hablé de Pluto y, como ellos sí saben la diferencia entre un perro de verdad y un dibujo animado, volvieron a decirme que no. Entonces recurrí al artículo de psicología y al libro de Ciencias Sociales. Pero tampoco me dio resultado. Ya estaba por resignarme cuando la cascarrabias de Carolina, entre estornudo y estornudo, dijo:

—Además, el aviso dice..., ¡atchís!, que es para mascotas..., ¡atchís!, con belleza, talento y habilidad..., ¡atchís! Así que Diminuto no puede ganar. ¡Atchís!

Cuando Diminuto escuchó su nombre, dejó la cucha y vino moviendo la cola.

—No digas eso —la retó mi mamá, mientras le acariciaba la oreja a Diminuto—. Es muy inteligente y, aunque no sea de raza, es un perro bonito.

—Muy bonito es Diminuto —repitió mi papá, que no será creativo pero quiere mucho a mi perro.

—Además es simpático... —seguía diciendo mi mamá, mientras Diminuto le daba la pata.

—Muy simpático —volvió a repetir mi papá.

—Compañero...

—Muy compañero.

—Y guardián —dijo mi mamá.

—Eso, muy guardián —repitió mi papá.

—*Guau* —ladró Diminuto, porque se daba cuenta de que hablaban de él y eso le gusta.

Yo comprendí que, sin querer, mi hermana me estaba ayudando y que tenía una oportunidad de convencerlos.

—Entonces, ¿podemos ir al casting? —pregunté.

—Mmmm —dijo mi mamá.

—Mmmm —repitió mi papá.

—Pero si..., ¡*atchís!*, no sabe..., ¡*atchís!*, hacer nada —insistió Carolina mientras estornudaba, porque en eso se parece a mí. En insistir, digo; no en estornudar.

—Claro que sabe —lo defendí yo—. Sabe hacer muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Carolina.

—Y..., sabe ladrar, mover la cola, traer el escarbadientes, enterrar un hueso, dar la pata... —le contesté.

—¡Ja! ¡Qué impresionante! ¡*Atchís!* —se burló Carolina—. ¿Y qué clase de cosas son esas?

—Cosas de perro —se rio mi mamá.

Y mi papá le festejó el chiste mientras Carolina, rabiosa, se iba a su habitación estornudando.

Y yo aproveché para volver a la carga:

—¿Podemos participar?

Mis padres se miraron.

—Está bien —dijo mi mamá—. Pero con una condición: no quiero que obligues a Diminuto a hacer nada que él no quiera. No te olvides de que es un perro, y los perros solo tienen que hacer cosas de perro.

Aunque yo no entendí bien lo que me decía mi mamá, igual le dije que sí. Y me fui contentísimo a bañar a Diminuto en su taza de porcelana y hasta le puse perfume. Una gota nada más, porque Diminuto es tan chiquito que con una gota alcanza y sobra.



Capítulo 3

En el que cuento las cosas que nos pasaron en el canal

Al día siguiente, después del colegio, mi papá nos llevó en el auto hasta los estudios de TV Cable. Diminuto movía la cola contento, porque a él le gusta mucho pasear en auto. Como mi mamá y mi papá tenían que trabajar, decidieron que mi hermana Carolina me acompañara. Por supuesto, Carolina había protestado y estornudado, pero no tuvo más remedio que obedecer.

Papá nos dejó en la puerta del canal y me dio ciento sesenta recomendaciones:

—No hagas nada raro. No firmes nada raro. No aceptes nada raro...

Las otras ciento cincuenta y siete recomendaciones no se las voy a decir porque, como mi papá no es muy creativo, eran todas parecidas.

Después nos dio un beso, acarició a Diminuto y nos deseó suerte.

Cuando entramos en el canal, yo sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Estaba muy emocionado. A Carolina, que había refunfuñado todo el camino, se le pasaron la mufa y los estornudos.

—Mirá, la actriz de la telenovela de la tarde. Y el conductor del noticiero. Y allá está el actor que trabaja en «Noches de pasión». ¡Ay! Me muero. Es más lindo personalmente...

A Diminuto no le interesaba mucho lo que decía Carolina, porque él no miraba ni la novela de la tarde ni el noticiero, y mucho menos «Noches de pasión». En realidad, yo tampoco miraba ninguno de esos programas, pero eran famosos y era la primera vez en mi vida que estaba entre gente famosa. De todas maneras, la emoción no me produjo el mismo efecto que a mi hermana. La pobre empezó a babear y a toda costa quería ir a pedirles autógrafos.

—Vinimos al casting, nena —le dije, mientras la zamarreaba para hacerla reaccionar.

En el mostrador de la entrada, nos dijeron que el casting era en el estudio siete. Teníamos que cruzar un corredor, doblar a la derecha, subir un piso, doblar otra vez a la derecha, y ahí estaba el estudio siete. Diminuto no quería caminar. Gruñía y se sentaba. Yo no quería ponerle su correa de piolín y arrastrarlo. Así que lo alcé y lo puse en mi bolsillo. Por supuesto, a Carolina sí tuve que arrastrarla, porque, cada vez que nos cruzábamos con un famoso, le daba un nuevo ataque de cholulismo y volvía a babear.

En la puerta del estudio siete había una señorita mascando chicle con cara de aburrida.

—Buenas tardes, venimos para el casting.

Ella ni siquiera nos miró. Tomó una planilla y me preguntó:

—¿Nombre?

—Federico.

—¿Nombre de la mascota?

—Diminuto.

—No te pregunté de qué tamaño es —me dijo con fastidio, pero sin levantar la vista del papel.

—Quise decir que se llama Diminuto —le aclaré—. Aunque el nombre se lo puse porque no es muy grande pero...

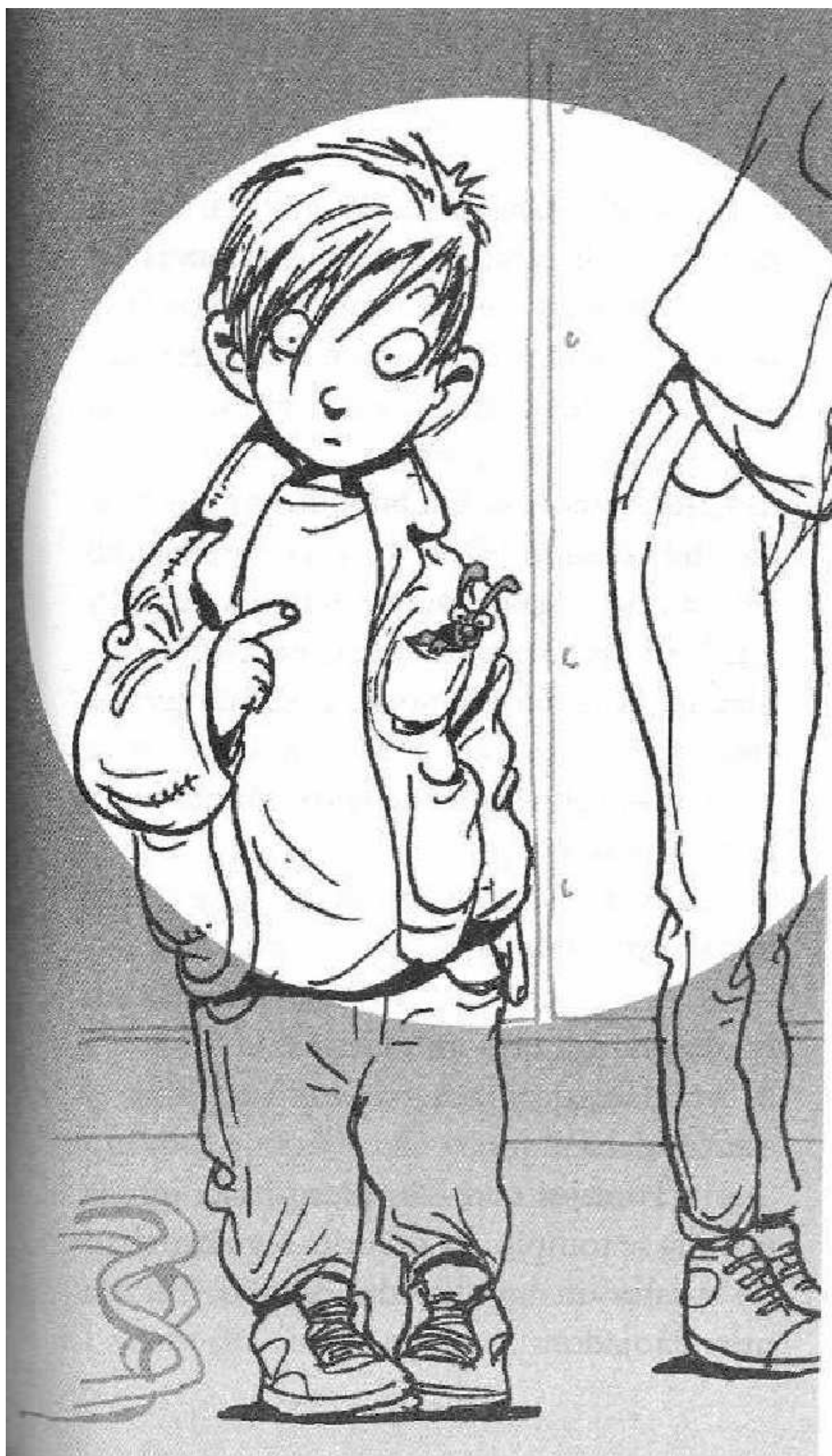
La señorita, muy molesta, me interrumpió.

—Nene, estoy ocupada —dijo, y por primera vez me miró—. ¿Dónde está la mascota?

—Acá —le contesté señalando mi bolsillo, por donde se asomaba Diminuto.

Se ve que la señorita no me entendió, porque pensó que yo le señalaba a Carolina, que estaba a mi lado con cara de boba porque acababa de pasar el animador del programa de entretenimientos de los sábados.

—Nene, esto es televisión —me dijo de mal modo—. Los minutos valen oro, así que no me hagas perder tiempo. Es un casting para mascotas y, aunque trajeron animales de lo más extraños, no se aceptan personas como mascotas.



—No, ella no es la mascota. Es mi hermana —le expliqué—. Mi mascota es él.

Entonces metí la mano en el bolsillo y saqué a Diminuto. La mujer puso cara de asco.

—¿Qué clase de bicho es ese?

—No es un bicho, es un perro —le contesté ofendido. Y Diminuto también se ofendió. Porque es perro, y perro chiquito además, pero tiene amor propio y no le gusta que le digan bicho. Así que le arrancó la planilla de la mano y empezó a mordisquearla enojado.

—¡Ay! —gritó ella—. Ayúdenme. Está rabioso.

Yo trataba de sacarle el papel, pero Diminuto tiraba de la otra punta.

—Ayúdame, Carolina —le dije a mi hermana, que aunque había vuelto a la realidad, de los nervios estornudaba y estornudaba.

Forcejeé con Diminuto hasta que la planilla se rompió. La señorita seguía gritando y salió un hombre del estudio. Parecía muy enojado.

—¿Qué pasa? Estamos grabando y necesitamos silencio.

—Disculpe, señor productor. Es que este chico tiene un animal salvaje —le dijo ella.

—No es salvaje —le expliqué yo, que por fin le había podido sacarle la planilla rota a Diminuto—. Es que ella lo trató mal y le dijo bicho, y a él...

—Bueno, nene, está bien —me interrumpió el productor—. No tengo tiempo para escucharte. Si tu mascota es peligrosa, tenés que atarla o enjaularla para entrar.

A Diminuto no le gustó nada lo que dijo el productor sobre atarlo o enjaularlo. Así que empezó a gruñir y a mostrar los dientes.

—No hace falta —le dije, mientras le entregaba los pedazos de papel mordisqueados y trataba de tranquilizar a Diminuto—. Es que se puso un poco nervioso, nada más.

—Está bien —agregó el hombre—. La señorita te va a dar un número. Pueden pasar, pero, si hay otro problema, llamo a seguridad y los ponen de patitas en la calle. Y entren en silencio.

Se ve que la señorita le tenía más miedo al productor que a Diminuto, así que tomó los restos de la planilla, los alisó un poco y me dijo:

—Tienen el número doscientos treinta y cinco. Pasen, pero ya oyeron: en silencio.

Diminuto estaba muy molesto y no quería entrar. No le gusta que le digan bicho y mucho menos que lo traten mal. Y la verdad es que muy bien no nos habían tratado. Para convencerlo, le hice unos cuantos mimos detrás de las orejas y le dije:

—Vamos, Diminuto. No tengas miedo. Yo no voy a dejar que nadie te ate ni te enjaule.

Pero Diminuto se había encaprichado. No tenía miedo. Era otra cosa lo que le molestaba.

—¿Y? ¿Entran o no entran? —nos apuró la señorita malhumorada.

—Vamos, Diminuto. Por favor —insistí.

Y al final Diminuto aceptó, haciendo un *guau* más o menos finito.

—Gracias —le dije, y le di un beso en el hocico mientras agregaba—: ya vas a ver que no hay nada malo ahí adentro. Es solo un casting de mascotas. ¿Qué más puede haber?

Y entramos. Pero, al entrar, Diminuto empezó a gruñir otra vez, a mi hermana le volvieron los estornudos y yo me quedé con la boca abierta y se me atragantaron las palabras. Porque nunca antes en mi vida había visto lo que vi en ese estudio de televisión.



Capítulo 4

En el que cuento lo que vi el estudio de televisión

La verdad es que yo vi cosas raras en mi vida. Una fue mi maestra de cuarto grado, la señorita Eriberta, que venía al colegio tan maquillada como un payaso de circo. Otra fue el primer novio de Carolina, que tenía los pelos parados con una tonelada de gel. Había visto cosas rarísimas como la casa de mi tía Dolores, que me recordaba al castillo de Drácula (aunque creo que el castillo de Drácula sería más lindo y más alegre que la casa de mi tía Dolores). Pero nunca me imaginé que iba a ver lo que vi cuando entramos en el estudio de televisión. Porque no parecía un estudio de televisión. Parecía un zoológico. Había muchísimos animales. Animales de todas formas, clases y tamaños. Aunque no eran precisamente mascotas. O al menos no eran lo que yo pensaba que era una mascota. Es que para mí una mascota es un perro o un gato o un pajarito (aunque yo nunca quise un pajarito como mascota, porque en eso soy como Diminuto: no me gustan los animales enjaulados). Incluso conocía gente que tenía peces, loros, tortugas, conejos y hámsters (aunque el veterinario de Diminuto dice que las tortugas y los loros están en peligro de extinción y no hay que tenerlos como mascotas). Pero nunca había imaginado que alguien podía tener un ciempiés como mascota. O una pulga. Y mucho menos había pensado que alguien podía tener una serpiente como mascota. O una cebra. Pero allí, en el estudio de televisión, había gente que tenía una araña, un bicho bolita, una lombriz, un sapo, un caracol, una mosca, un mono, un pato, una vaca, una víbora, un cocodrilo, un avestruz, un guanaco, una pantera, un elefante, una jirafa... Y creo que nadie tenía un dinosaurio porque los dinosaurios desaparecieron de la Tierra hace millones de años. Todos llevaban a esos animales con la misma naturalidad con la que yo llevaba a mi perro. Incluso a algunos les habían puesto ropa. La jirafa estaba vestida de dama antigua con sombrero y miriñaque, la cebra tenía una camiseta de fútbol, la vaca con el tutú parecía una bailarina y hasta el sapo lucía una malla rayada como la de un bañista antiguo.

Carolina parecía a punto de desmayarse, porque si le da alergia un perro, no se imaginan la alergia que le dan las arañas o las víboras. Pero estaba tan sorprendida que no hablaba. Ni los estornudos le salían. Diminuto, en cambio, estaba muy fastidioso. Me mordisqueaba la mano, despacito para no lastimarme.

—Sí, ya sé que no era lo que pensábamos —le decía yo—, pero ya estamos acá. Y, si te eligen en el casting, vas a ser una estrella de la televisión.

—Esto es una locura —protestaba Carolina, que había recuperado la voz al pasar cerca del avestruz—. Yo quiero volver a casa.

—No seas amarga, nena —le dije—. Lo que pasa es que tenés envidia porque mi perro va a ser famoso.

—A mí me parece que Diminuto tiene tantas ganas de irse como yo —me contestó Carolina.

En ese momento apareció el productor que habíamos visto en la puerta.

—Vamos a empezar a grabar —dijo—. No nos hagan perder tiempo porque en televisión el tiempo es oro. Preparen sus mascotas, que ya llega el animador. Silencio.

El animador era nada más ni nada menos que Tommy Lucero, un modelo que últimamente salía en la tapa de todas las revistas. A mí me parecía más aburrido que una clase de Matemática, pero Carolina lo adoraba. Tenía unas veinte fotos de él pegadas en su habitación. Por suerte, cuando lo vio, mi hermana empezó a babear otra vez y dejó de molestar con que quería irse.

Pero Diminuto seguía fastidioso y gruñía, porque a él Tommy Lucero le importaba tanto como a mí.

—Por favor, Diminuto —le dije, mientras lo acariciaba—. Un ratito más y nos vamos.

—Silencio —gritó el productor—. Grabamos.

—Buenas tardes —dijo Tommy Lucero, con una sonrisa que parecía de plástico—. Vamos a comenzar con el casting de mascotas para elegir al animalito que actuará en la novela «Te quiero mucho, aunque me odies». Esta novela será una superproducción alucinante. Y la protagonista será la alucinante Lola Candela, a quien ya recibimos con un fuerte aplauso.

Lola Candela entró con un traje de lentejuelas doradas y una boa de plumas.

—Hola, Tommy.

—Lola, estás alucinante —le dijo Tommy, que parecía que el único adjetivo que conocía era «alucinante».

—Es que estoy feliz de formar parte de este jurado divino que va a elegir a uno de estos bichitos divinos. Tengo tanta ansiedad por saber cuál de todos va a ser mi mascota en la novela. Son todos divinos —explicaba ella, que parecía que el único adjetivo que conocía era «divino».

—Te pido, entonces, que ocupes tu lugar, porque ya comenzamos.

Lola se sentó entre los miembros del jurado, aunque primero los productores tuvieron que correr a una gallina que estaba en su silla.

—Muy bien. Todo listo —anunció Tommy Lucero—. Recibimos al participante número uno...



Capítulo 5

En el que cuento quiénes eran los participantes del casting

Ya les dije que yo, en mi vida, había visto cosas raras, y que me había quedado con la boca abierta cuando entramos al estudio siete y vi todos esos animales. Pero la boca se me abrió más todavía cuando empezó el casting. Porque, como decía el aviso, había una prueba de belleza, talento y habilidad. La de belleza pasaba rápido, ya que consistía simplemente en que Lola Candela dijera si el animal era bonito, y cada vez que le preguntaban ella contestaba que era divino. No sé si lo hacía porque en televisión el tiempo es oro, como había dicho el productor, o porque la pobre no sabía otro adjetivo. La cuestión era elegir la mascota que tenía más talento y habilidad.

El participante número uno trajo un grupo de loros que cantaba música tropical. Los loros tenían todos el mismo traje y se movían de un lado para otro cantando con ritmo de cumbia:

«Me muero de amor, me enamoreeeeé... Me muero de amor, me enamoreeeeé... Me muero de amor, me enamoreeeeé...».

La canción siguió igual un buen rato. No sé si porque los loros no habían aprendido otra parte o porque la letra no cambiaba.

Cuando dijeron sesenta y tres veces «Me muero de amor, me enamoreeeeé...», Tommy Lucero los interrumpió.

—Alucinante. Muchas gracias.

Después de los loros, les tocó el turno a las pulgas equilibristas. El dueño, muy previsor, había traído una gran lupa para que todos pudieran apreciar el triple salto mortal que hacían las pulgas. Pero, en verdad, ni con la lupa se vio.

El tercer participante entró con una palangana llena de agua y el sapo que tenía puesta la mallita rayada. Dijo que su sapo era especialista en saltos ornamentales.

—Ahora, Pancracio —ordenó el hombre, y soltó al sapo, que se tiró dentro de la palangana. No fue muy ornamental el salto. Parecía más bien un salto de sapo común y corriente. Pero salpicó a Tommy Lucero de la cabeza a los pies, así que hubo que parar la grabación para que Tommy Lucero se secara.

El siguiente participante pidió la música de la película *Cantando bajo la lluvia*, porque traía a un ciempiés especialista en zapateo americano. Tuvimos que esperar un rato, mientras le ponía al ciempiés los zapatos con chapitas que había traído. De todas maneras, no le permitieron ponerle los cincuenta pares porque iba a tardar mucho tiempo. Así que el ciempiés bailó con catorce pares solamente. Y quizá fue porque le faltaban los otros treinta y seis pares que no se notó que hacía zapateo americano. Y eso que el de las pulgas equilibristas le prestó a Tommy Lucero la lupa.

Después de una araña que tejía al crochet, de un zorzal que cantaba tangos, de un guanaco que mascaba chicles y de un pájaro carpintero que clavaba clavos entró el elefante. Según dijo su dueño, era especialista en hacer pompas de jabón con la trompa. No le salían muy bien las pompas de jabón. Y para colmo el elefante empezó a estornudar. Para mí que le hizo cosquillas en la trompa el agua jabonosa del balde que le habían puesto adelante. O a lo mejor era alérgico como Carolina. La cuestión es que al elefante le dio un ataque de estornudos y hubo que parar otra vez la grabación para secar a Tommy.

Porque el elefante lo mojó todo.

Cuando secaron el estudio, continuó el casting. Vino un señor que dijo que su mono era cocinero, pero el mono lo único que hizo fue pelar una banana y comérsela. Y después aparecieron un canario que cantaba en inglés (aunque para mí cantaba en canario) y una cucaracha que escribía. La verdad es que el dueño de la cucaracha la puso en una caja con tinta china y la cucaracha iba dejando huellas en la hoja con las patitas.



También vimos una carrera de caracoles que duró como cinco minutos, porque la pista medía diez centímetros de largo y los caracoles no saben que en la televisión el tiempo es oro.

La que no tuvo suerte fue la jirafa. Entre el cuello, el sombrero y el miriñaque le costaba mucho moverse. No solo no se notó que bailaba el minuet: encima tiró dos cámaras al piso y rompió un micrófono del techo.

Diminuto y yo teníamos el número doscientos treinta y cinco. Así que la espera fue larga. Diminuto estaba muy inquieto y yo me daba cuenta de que me quería decir algo, pero no podía entenderlo. Es que yo estaba distraído viendo las pavadas que les hacían hacer a los animales.

O, mejor dicho, las pavadas que los dueños decían que sus animales podían hacer. El colmo fue cuando entró la tortuga mentalista.

Podía leer la mente de cualquiera, aseguró el señor que la traía, que, además, era como una especie de traductor de la tortuga.

—Porque la tortuga puede leer los pensamientos, pero no habla en castellano —explicó muy serio.

—¡Qué alucinante! —dijo Tommy Lucero, para variar—. ¿Y me puede leer los pensamientos a mí?

—Por supuesto —contestó el dueño de la tortuga—. Concéntrese en un solo pensamiento.

Tommy Lucero cerró los ojos y puso cara de concentración, aunque no dejó la sonrisa de plástico.

—Ya está —le avisó.

Entonces, el hombre se acercó a la tortuga, como para escuchar lo que la tortuga decía y, luego de unos minutos de intenso silencio, exclamó:

—La tortuga dice que Tommy Lucero está pensando en algo... ¡alucinante!

—¡Es cierto! Adivinó —exclamó Tommy Lucero, que parecía que no se había enterado de que en realidad las tortugas no hablan.

—Podemos hacer otra prueba con Lola —dijo el dueño de la tortuga. Pero Lola no aceptó. Para mí que era porque no tenía ningún pensamiento que la tortuga pudiera leerle, y no porque en la televisión el tiempo es oro, como dijo el productor.

A esa altura, no solo Diminuto quería irse. Carolina, que es molesta pero no tonta, se había desilusionado de Tommy Lucero y le parecía un papanatas, y yo también empezaba a ponerme incómodo. A duras penas me pude aguantar todo lo que siguió: el gato que bailaba el gato, la cebra que jugaba al fútbol, el cocodrilo que sabía sumar y restar, el guanaco que chateaba por internet, la lechuza que tocaba el piano, la gallina que cantaba ópera y la serpiente que se enroscaba para hacer un nudo marinero. Porque el gato no bailó ni el gato ni la chacarera, la cebra no hizo un gol ni de casualidad, el cocodrilo no sabía ni la tabla del tres, el guanaco escupió la

computadora, la lechuza caminó por el teclado y nada más, la gallina solamente cacareó y la serpiente se enroscó como cualquier serpiente, porque nunca en su vida había visto un nudo marinero.

Diminuto me mordisqueaba el cordón de la zapatilla. Quería decirme algo. No era sólo que se quería ir. Eso estaba claro.

Quería decirme otra cosa.

—No te entiendo, Diminuto —le dije—. ¿Qué pasa?

Pero Diminuto no me pudo contestar porque, en ese momento, Tommy Lucero dijo:

—Y ahora, el participante número doscientos treinta y cinco...



Capítulo 6

En el que cuento el lío que se armó cuando nos tocó el turno a nosotros

Éramos nosotros. Dudé un instante, pero, como en la televisión los minutos valen oro, el productor me empujó frente a la cámara. Diminuto me siguió sin dejar de gruñir.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Tommy Lucero, con su sonrisa de plástico.

—Federico.

—¿Y qué clase de animalito es tu mascota?

—Un perro. Se llama Diminuto —contesté.

—¡Qué alucinante! —repitió Tommy Lucero—. ¿Qué opinás, Lola?

—Es divino —repitió ella.

—Perfecto. Ya pasó la prueba de belleza. Ahora tiene que mostrarnos su destreza y su talento. ¿Qué hace tu perro?

—Nada —le respondí.

—Alucinante —volvió a decir—. ¿Qué estilo nada? ¿Crawl, espalda, pecho, mariposa...?

—No nada —le aclaré fastidiado—. No hace nada.

Se hizo un silencio en el estudio. El productor hacía señas enloquecidas a Tommy para que dijera algo, pero este empezó a transpirar porque no sabía qué decir. Al final, el productor le garabateó unas palabras en un papel y se las mostró detrás de cámara para que Tommy las leyera.

—Pero tu animalito tiene que hacer algo —leyó.

—Claro que hace algo —le contesté muy seguro.

—¿Y qué hace?

Me quedé pensando qué contestarle. Se hizo otro silencio y Tommy volvió a transpirar mientras miraba desesperado al productor. Entonces lo vi a Diminuto. Iba y venía sin su correa de piolín. Y vi las cadenas, las cuerdas, las cajas y las jaulas en las que estaban los otros animales. Y vi las caras de los animales encadenados, atados, enjaulados, encerrados y disfrazados como mamarrachos. Entonces, me acordé de lo que me había dicho mi mamá y entendí por fin lo que Diminuto había querido decirme todo el tiempo.

—Mi perro —le dije a Tommy Lucero, con un tono desafiante— hace cosas de perro. Ladra, mueve la cola, da la pata, entierra un hueso y a veces juega con un escarbadientes.

—Este chico es un maleducado —gritó malhumorado Tommy Lucero, que perdió la paciencia y la sonrisa de plástico—. Yo soy una estrella de la televisión. Hace cuatro horas que me estoy aguantando a estos bichos asquerosos, pero no voy a

soportar que me tome el pelo un mocoso que trae un engendro del tamaño de un mosquito.

Y ahí empezó el lío. Porque Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero tiene orgullo. Y no le gusta que le digan engendro del tamaño de un mosquito. Así que saltó a la nariz de Tommy Lucero y lo mordió con ganas.

—¡Socorro! —gritaba Tommy Lucero, mientras corría de un lado a otro con Diminuto prendido a la nariz. Entonces, tropezó con la tortuga mentalista y cayó entre las gallinas, que no cantaban ópera pero picoteaban muy bien. El gato, que no sabía nada de folclore pero sí de pájaros, persiguió al zorzal tanguero, corrió al canario, que no hablaba ni jota de inglés y tiró la jaula de los loros, que volaban cantando «Me muero de amor, me enamoreeeeé. Me muero de amor, me enamoreeeeé...». El sapo saltaba en la palangana y salpicaba a los miembros del jurado y el guanaco los escupía. La jirafa con miriñaque tropezó con la cámara uno, el avestruz se comió dos micrófonos y el mono le sacó la boa de plumas a Lola Candela, que se había subido a una silla porque la rodeaban una cucaracha, tres caracoles, una lombriz y la araña. Como si esto fuera poco, las pulgas equilibristas le saltaron encima al productor, que se rascaba como un loco. Lo peor fue que pisó a la serpiente, que no conocía los nudos marineros, pero como buena serpiente se le enroscó en el cuello. Cuando se soltó la pantera (que no era la pantera rosa) la gente empezó a correr despavorida y el elefante rompió la puerta de entrada y se fugó. Detrás de él salieron pantera, avestruz, caracoles, lombrices, pulgas, sapo, loros, zorzal, gato, gallina, araña, cucaracha, guanaco, serpiente y el resto de la fauna. Parecía una escena de la película *Jumanji*, con todos los animales corriendo por los pasillos del canal.



No tardó mucho en aparecer el personal de seguridad, la policía, los bomberos, la gente del noticiero, los periodistas, los fotógrafos y mi mamá y mi papá, que justo llegaban para buscarnos.

Mamá se puso primero blanca, después roja y terminó violeta. Ella es tan creativa... Papá gritaba separando las palabras en sílabas:

—¿QUÉ HI-CIS-TE, FE-DE-RI-CO?

—Su hijo es un monstruo —gritó Tommy Lucero, con Diminuto, que seguía mordiéndole la nariz—, y su perro también.

—A mi hermano y a mi perro nadie les dice monstruos —le gritó Carolina que, como se había dado cuenta de que Tommy Lucero no valía nada, ahí nomás le tiró encima la palangana del sapo con sapo y todo.

El canal se había convertido en un verdadero loquero. Todos corrían, gritaban, trataban de atrapar a los animales sueltos...

Yo rescaté a Diminuto, lo abracé bien fuerte y le di un beso en la punta del hocico. Y él me ladró un *guau* muy largo y no nos importó que Tommy gritara mientras el sapo le babeaba la oreja:

—Van a ir presos. Ya van a ver. Yo soy una estrella de la televisión. Una estrella...



Capítulo 7

En el que cuento como terminó todo

La verdad es que sí terminamos en la comisaría. Nos llevaron a todos. Pero no fuimos presos. Cuando el asunto se aclaró, el juez ordenó la detención de los otros participantes, y también de Tommy Lucero, de Lola Candela, del productor del programa y de las autoridades del canal. A algunos los acusaron de maltrato de animales. A otros, de tener en cautiverio animales que no son domésticos y que están en peligro de extinción. No podían negarlo, porque estaba el video como prueba. Nosotros no tuvimos problemas porque Diminuto es un perro y todos saben que los perros sí son mascotas.

Por suerte, todos los animales fueron rescatados por la Sociedad de Protección de la Vida Silvestre, que los llevó a su hábitat natural. Todos, excepto dos pulgas y la cucaracha, que se fugaron.

Mi papá y mi mamá no se enojaron conmigo. Al contrario. Porque, aunque era casi increíble, Carolina nos defendió a Diminuto y a mí, y les explicó con lujo de detalles todo lo que había pasado. Mi mamá me dijo que estaba orgullosa de mí porque no había obligado a Diminuto a hacer nada que él no quería y porque, además, había demostrado que no me había dejado encandilar por la televisión y sabía distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Y muchas cosas más me dijo mi mamá, porque ella es muy creativa para felicitar. Mi papá me dijo que habíamos estado bien, que todo había resultado bien, que las cosas habían salido bien..., porque mi papá no es tan creativo como mi mamá. Y Carolina no volvió a estornudar y me pidió disculpas porque me había tratado mal, pero dijo que ella también estaba orgullosa de mí y de Diminuto.

Durante varios días, en la televisión no se habló de otra cosa. Y la noticia salió en los diarios y en las revistas con fotos y todo. Yo las recorté para guardarlas de recuerdo. La que más me gustaba era aquella en la que Diminuto aparecía mordiéndole la nariz a Tommy Lucero, así que le pedí a mi mamá que la enmarcara y la colgué en mi habitación.

—¿Viste, Diminuto? Al final te hiciste famoso —le dije, muerto de risa.

Y Diminuto me lamió la cara y me hizo un *guau* muy largo. Entonces, lo abracé y le di un beso en la punta del hocico. Porque yo estaba orgulloso de mi perro.

No necesito ni los diarios, ni la televisión, ni ningún casting para saber que, para mí, Diminuto es la mejor mascota del mundo.

